tender un lazo al prójimo, á fin de que caiga en faltas contra la honestidad, y tanto más, cuanto que su fin era dar muerte con traición á Holofernes.

Hagamos notar desde luego que en la Escritura se alaban muchas veces algunos hechos por el fin noble á que se dirigen ó por el principio bueno que los inspira, aunque los medios empleados para realizarlos, no siempre hayan correspondido á la santidad de su principio y objeto, sobre todo, cuando el error ó la buena fé disculpan á los que de tales medios se han valido.

Esto sucede en el caso presente. Es indudable que Judit es acreedora á las alabanzas de los de su nación por su amor á la patria, y por lo esforzado de su ánimo que la expuso á ser sacrificada sin conseguir su objeto.

No merece vituperio por el hecho de haber engañado á Holofernes, porque estas asechanzas son permitidas en tiempo de guerra y el general que da oídos á palabras halagadoras de alguno de los enemigos, á nadie, sino á sí mismo debe acusar, si detrás de ella se oculte alguna asechanza.

Lo que es reprobable en la conducta de Judit, es el haberse engalanado para atraerse la voluntad de Holofernes, halagando su sensualidad y exponiéndose ella misma á faltar á la castidad; pero todo esto debe hallar disculpa en la buena fé que guió á Judit, la que por lo pronto no vió otra cosa que á su pueblo

próximo á ser destruido, ni encontró otro medio para impedirlo que el que felizmente llevó á cabo.

Ni se diga que el Escritor Sagrado hace cómplice á Dios mismo del medio reprobado que empleó Judit cuando dice que *el Señor le dió hermosura*, porque según el modo de hablar de los judíos que todo lo atribuían inmediatamente á Dios, sin intervención de las causas segundas, no debemos entender que esta hermosura le hubiese venido de un modo milagroso, sino que fué efecto de su empeño en adornarse y ungirse.

CAPITULO XXXI.

ESTER.

Dios, que no abandonó el reino de Judá á pesar de sus crímenes en el tiempo de la cautividad babilónica, tampoco desamparó á las tribus de Israel dispersas en el vasto territorio que gobernaban los reyes Persas. Prueba de ello es el suceso referido en el libro de Ester.

Ahasverus (Asuero) por un motivo fútil había repudiado á la reina Vasthi é hizo que le fuesen presentadas las doncellas más hermosas que se encontraran en su reino para escojer entre ellas á la que debía ocupar el lugar de la repudiada. Cúpole esta fortuna á la judía Ester, sobrina de Mardoqueo.

Una desatención de éste hacia el favorito del Monarca, Aman, excitó en el ánimo de és-

te el odio de raza y la codicia; quien movido de estas dos pasiones indujo á Ahasverus á dictar sentencia de muerte contra todos los judíos residentes en el vasto imperio Persa, como lo hizo, designando la suerte el mes undécimo para llevarla á cabo.

Ester, que hasta entonces había ocultado cuidadosamente su origen, mueve al rey á dar una orden contraria, y el favorito, al caer de la gracia del rey, fué condenado á sufrir la pena que preparaba á Mardoqueo. Como las leyes dadas por los monarcas persas no podían ser revocadas ni por ellos mismos, Ahasverus dió un decreto permitiendo á los judíos defenderse si eran atacados por los persas en virtud del primer edicto. Así lo hicieron, matando en el día designado por la suerte á 75,000 de sus enemigos. En memoria de este hecho, que suscintamente, y omitiendo muchos episodios, hemos referido, se estableció la fiesta llamada *Purim* ó de las suertes.

Trataremos en este capítulo de probar la autenticidad del relato y su carácter histórico, así como de responder á las dificultades que se le oponen.

I. Autenticidad de la Historia de Ester.

La primera prueba de la veracidad de este libro la encontraremos en la celebración anual de la fiesta Purim ó de las suertes. Tanto en la historia de los judíos cuanto en la profana

consta que aquellos, desde tiempo inmemorial han celebrado esta fiesta. El autor del segundo libro de los Macabeos hace mención de ella y la llama *el día de Mardoqueo* [1], menciónala también Flavio Josefo y aun hoy día es celebrada universalmente con más ó menos pompa por los judíos.

El autor, además, para asegurar más la fé de sus contemporáneos sobre lo que escribía, los provoca á los anales de la Media y de la Persia en un tiempo en que estos anales existían y en que hubiera podido hacérsele ver la falsedad de su dicho, si hubiera tenido el atrevimiento de citar lo que no se encontraba en las fuentes á que provocaba.

Finalmente, todo cuanto leemos en el libro concuerda perfectamente con las costumbres de la época y con los datos que nos proporciona la historia profana. Los nombres de los personajes son persas, el número de los sátrapas, la división de las provincias, la extención del reino, el modo con que se llevaban á cabo los negocios, es decir, en sus convites, la inmutabilidad de las leyes, etc., todo esto concuerda perfectamente con lo que nos refieren tanto los escritores sagrados como Daniel, cuanto los profanos, como Herodoto.

El carácter y las diversas circunstancias de Ahasverus, conviene muy bien á Jerjes el Grande. A éste nos los pinta Herodoto como

---

) II Mac., XV, 37.

un hombre cruel, necio, vengativo y licencioso, cualidades que en su conjunto é intensidad no se hallan en monarca alguno de su época. De Jerjes sabemos que hizo azotar al Helesponto porque había destruido el puente de barcas por el que lo debía atravesar su ejército. Plutarco también nos refiere cosas extraordinarias hijas de su carácter irascible y de sus necedades, entre ellas que escribió una carta al monte Atos prohibiéndole que hiciese rodar piedras sobre sus soldados. Todo esto es muy conforme á lo que en nuestro libro se refiere del monarca Persa que asoció á su imperio á la judía Ester.

La versión griega, traducida en la parte deuterocanónica de nuestra Vulgata traduce por Artajerjes el nombre persa Ahasverus ó Asuero. Ahora bien, como quiera que el adjetivo *artes ú ortes* en lengua persa significa «grande,» creemos que Artajerjes fué por antonomasia el nombre del rey que emprendió la gran expedición á la Grecia, aunque sus sucesores no queriendo ser menos que él, conservaran el adjetivo unido al nombre propio y se añadieran después el mote ó apodo que había de distinguirlos de los demás del mismo nombre.

Sobre todo, los acontecimientos referidos en nuestro libro cuadran perfectamente con lo que de Jerjes Magno refieren los historiadores griegos. Ahasverus reinó desde la India hasta la Etiopía sobre 127 provincias y

Herodoto dice que Jerjes antes de su gran expedición hizo tributarios suyos á los indios y á los etiopes. Daniel nos dice que Darío Medo dividió su imperio en 120 provincias, [1] no es extraño que uno de sus sucesores hubiera aumentado siete más.

De Jerjes sabemos por el mismo Herodoto, que antes de su excursión á la Grecia, celebró en Susa un grande convite para tratar de esta expedición, lo cual concuerda con el convite celebrado por Ahasverus donde fué repudiada Vasthi. Si en nuestro libro no se habla de la guerra que se intentaba emprender, fué porque ella estaba completamente fuera de su objeto; pero se indica lo bastante, cuando se dice que entre el repudio de Vasthi y la elevación de Ester mediaron más de dos años, intervalo de tiempo que se explica perfectamente colocando allí la guerra contra los griegos.

En fin, el autor sagrado dice que Ahasverus en este tiempo impuso un nuevo tributo á sus súbditos, lo que es muy aplicable á Jerjes que debió quedar exhausto después de su infausta excursión, y aun Herodoto dice que mandó convertir en numerario la estátua de oro que había en Babilonia.

Una dificultad cronológica es la que suele oponerse á la identificación que acabamos de hacer. Mardoqueo fué llevado cautivo junta-

(1) Dan VI, 2.

mente con Jeconías Rey de Judá; así pues, era imposible que viviese en tiempo de Jerjes Magno, ó sea 120 años después. Respondemos ó que Mardoqueo vivió más de 125 años, lo que no era raro en esa época, ó bien el que fué llevado cautivo á Babilonia no fué Mardoqueo sino su bisabuelo Cis, pudiéndose de este último entenderse el texto sagrado.

Las cualidades de la esposa de Jerjes, suelen también replicarnos, no convienen con las de Ester. Aquella tuvo por padre á Otanis, jefe del ejército, mientras que Ester era hija de un judío. Esta era una mujer santísima, mientras que Amestris, la mujer de Jerjes, como lo dice el tantas veces citado Herodoto, (1) fué una mujer impía y cruelísima que hizo morir de una manera atroz á la mujer de Mansiste. En cambio, Ester fué santísima, tuvo una piedad sincera hacia Dios y cumplía exactamente con todas las prescripciones de la ley de Moisés. Respondemos que es probable que Jerjes hubiera tenido varias mujeres no sólo sucesiva sino simultáneamente. Por lo cual, las crueldades de que habla Herodoto deben atribuirse ó á Amestris, ó á Vasthi ó más bien á alguna de las otras concubinas que principalmente, durante la guerra de Grecia fueron elevadas al rango de reinas y olvidadas después de que la corte volvió á establecerse en Susa.

(1) Lib. IX, c. 107.

En general, no dejaremos de anotar que Herodoto no merece entera fé cuando se trata de las diversas circunstancias que acompañan á la historia, de modo que si es reputado como un historiador de peso en la substancia de los hechos, no es lo mismo tratándose de las circunstancias con que adornó los hechos que refiere, pues que demasiado amante de lo maravilloso, siempre que pudo fantaseó demasiado para hacer agradables sus narraciones.

II. Solucion de las dificultades.

1. Es inverosímil un convite de ciento ochenta días preparado para los sátrapas y magnates, y otro de siete días para todo el pueblo, desde el mayor hasta el menor.

Lo sería, ciertamente, si durante los ciento ochenta días los convidados hubieran tenido que estar sentados á la mesa, lo cual no se dice en nuestro libro, sino que para salir verdadera la narración, basta que el convite estuviera preparado durante todo este tiempo para que conforme fueran llegando los sátrapas, fueran asistiendo á él. Los ejemplos de convites populares á los que se admiten á todos los que se presentan, no son raros en la historia y aun en nuestros días suelen celebrarse en las campiñas circunvecinas á la ciudad de Moscow en la coronación de los Czares.

2. Es inverosímil que Ester hubiera podi-

do ocultar su origen judío al Rey, á Amán y á toda la corte.

No nos parece, desde el momento en que á esto no se da grande importancia en los países en que reina la poligamia. ¡Cuántas mujeres hay en los harems, cuya familia es desconocida y aun imposible de descubrir! Mardoqueo había recomendado á Ester que ocultase su origen, y como quiera que la reina había nacido en Persia, hablaba la lengua del país y tenía nombre persa, le era muy fácil disimular su nacionalidad y responder sin traicionar su secreto á todas las preguntas que le hiciera su real esposo.

3. Es igualmente increíble que Amán haya diferido once meses su venganza. ¿Cuándo el vengativo ha dado tan grande ejemplo de paciencia?

¿Cómo, además se puede creer, que si el monarca persa, dominado por su favorito, consintió en aniquilar á todo el pueblo judío que habitaba en su reino lo hubiese hecho anunciar públicamente en todas las provincias y no lo hubiera avisado en secreto á sus gobernadores?

La respuesta no nos parece muy difícil. Los persas eran muy supersticiosos; creían en la existencia de días faustos y nefastos. Amán, pues, encomendó la elección del día en que se había de consumar su venganza á la suerte, que designó el mes duodécimo del año 473, antes de nuestra Era, duodécimo del reinado

de Jerjes. La Providencia lo dispuso así, para dar lugar á los diversos acontecimientos referidos en el libro en los que hizo tan brillante ostentación de su poder y amor hacia el pueblo de Israel.

Pero entonces ¿para qué publicar el edicto con tanta anticipación? Es probable que Amán, no obstante el peligro de que muchos judíos escapasen á su venganza, urgiera la publicación del edicto por temor de que el Rey lo revocara antes de llegar el tiempo de cumplirlo.

Con esta publicación anticipada conseguía también Amán excitar la codicia de los persas, prometiéndoles parte de los bienes del pueblo proscrito.

El ponerse á salvo era muy difícil á los judíos, porque la Palestina, Asiria, Arabia, etc., estaban sojuzgadas por los persas, y en caso de que algunos lograran escapar completamente del odio de Amán, quedábanle á éste por lo menos, los cuantiosos bienes de los judíos, con los que esperaba pagar al Rey los diez mil talentos que le había prometido.

4. No es menos increíble que cuando el Rey, habiéndose arrepentido de su edicto y rehusándose sin embargo á revocarlo, hubiese autorizado á los judíos para que se defendiesen aun dando muerte á los que los atacasen, dejando así que pereciesen 75,000 hombres vasallos del Rey.

En primer lugar el número de muertos no

es inverosímil en un imperio que se extendía desde la India hasta la Etiopía. En un reino mucho más pequeño, Mithridates hizo matar en un solo día á 80,000 romanos. El efecto del segundo decreto del Rey debió ser el de obligar á los principales ciudadanos á que desistiesen de atacar á los judíos para no incurrir en la desgracia de Asuero y de Mardoqueo.

Además, nadie podía impedir á los sátrapas y á los magnates el sostener secreta y aun públicamente á los que estaban tan bien quistos en la corte. ¿Quién ignora, de lo mucho que es capaz un funcionario, particularmente en Levante, para agradar á aquellos que pueden proporcionarle medro ó por lo menos la conservación del empleo que gozan? El interés quitó á los persas todo escrúpulo y éste, más que el segundo edicto, cortó las alas de su ambición y los movió á dar gusto al sol que acababa de nacer, es decir, al nuevo favorito, Mardoqueo.

5. Es igualmente increíble, se nos vuelve á objetar, que después de que los judíos en el día designado por la suerte para su destrucción dieron muerte en solo la metrópoli del reino á 500 persas, el Rey hubiera consentido en que al día siguiente continuara la matanza de sus súbditos. Igualmente parece inverosímil que la Reina Ester, olvidada de su piedad y de la timidez propia de su sexo hubiera solicitado esto mismo del Rey.

Ambas dificultades se responden diciendo que no era permitido á los judíos tomar la ofensiva y atacar á sus enemigos; sino sólo el de defenderse de los que se arriesgaran á atacarlos. Ahora bien, el permiso obtenido por Ester se redujo á prolongar por un día más esta facultad, que sin duda alguna era indispensable, ya que muchos de los persas quizá habrían dejado para el día siguiente, cuando los hebreos no se podían defender, la revancha de lo que habían padecido el día anterior.

Para conjurar este peligro intervino Ester con su regio esposo. Estamos muy lejos de suponer que en esto haya obrado la Reina con la dulzura que después aconsejó el Evangelio; pero hay que atender á la época en que vivió y á las costumbres y carácter de su nación. Como hemos dicho tratándose de Judit, si no todo es igualmente laudable en su conducta, todos tenemos que rendir homenaje á su patriotismo y al amor sincero que tuvo á su pueblo y que la llevó hasta exponer la propia vida para conjurar la ruina que amenazaba á todos sus conciudadanos.

No concluiremos esta materia sin ocurrir á otra dificultad que suele oponerse á la divinidad del libro. Se advierte esta grande diferencia entre la parte principal de este libro que es la protocanónica, y los demas libros de la Biblia, en los que campea tanto el espíritu religioso. Apenas sí en él, se alude á una

que otra práctica piadosa como el ayuno, práctica nó desconocida de las religiones paganas. El nombre santo de Dios en vano se buscará en sus páginas, pues que ni una sola vez se halla consignado en ellas.

Esta observación háse ya ocurrido á muchos intérpretes católicos y han propuesto una hipótesis muy verosímil, que explica perfectamente este silencio y ausencia del nombre de Dios y alusiones al culto divino en el libro de Ester.

La hipótesis es la siguiente: Como se dice en el mismo libro de Ester, para perpetuar la memoria de este hecho quedó instituida anualmente una festividad llamada *Purim* ó de las suertes. Esta festividad debió ser religiosa, pues los judíos no conocían solemnidades exclusivamente cívicas. Consistía ella, como nos lo ha conservado la tradición, en la lectura que se hacía en el templo de la historia de este hecho y los judíos solían llevar escrito en un ladrillo ó en una tablita el nombre de Amán, y cada vez que el lector pronunciaba este nombre golpeaban sobra ella con martillos que llevaban á propósito y exclamaban: *Perezca su nombre*, así como prorrumpía en exclamaciones de júbilo cuando oían los de Ester y Mardoqueo.

Con el transcurso del tiempo, los judíos se olvidaron de la santidad propia de esta fiesta y la convirtieron en día de embriaguez y desórdenes, al grado de que para indicar á un

hombre que había perdido por completo el uso de sus sentidos á causa de la embriaguez, solían decir: *ya desconoce á Amán*, aludiendo á que los que iban borrachos á la solemnidad del Purim, equivocaban los nombres y batían palmas al nombre de Amán, miéntras golpeaban sobre la tablilla al oír los otros nombres tan caros á los judíos.

Ahora bien; como los judíos profesaban un respeto profundísimo al nombre santo de Dios, es de creerse que para evitar la consiguiente profanación, algún profeta ó sacerdote celoso del honor divino, sacase del libro primitivo un compendio que es el que poseemos, en el que estudiosamente se quitó el nombre de Dios para que no fuese profanado.

Esta conjetura se hace más verosímil, si atendemos á que la parte deuterocanónica en la que se refiere más detalladamente alguno de los hechos contenidos en la primera y contiene el texto de algunos documentos citados, en aquella respira la más fervorosa piedad y respeto á la ley divina, y el nombre de Dios se repite con notable frecuencia. Todo nos hace creer que esta parte sea una colección de los fragmentos del libro original ó primitivo que han podido sustraerse á la acción devastadora de los siglos.